

Bienaventurados los que trabajan por la paz

A pesar de todos los avances en tecnología y comunicación, el mundo de hoy parece estar más fracturado que nunca. Si miramos el mapa, vemos puntos de tensión en cada continente. La amenaza de un enfrentamiento militar acecha en Europa oriental, y conflictos armados desgarran la vida de millones de personas en lugares como Ucrania, Gaza, Sudán, Myanmar y el Sahel. Crisis humanitarias se superponen unas a otras, los conflictos armados se extienden sin control y las rivalidades entre potencias amenazan con desestabilizar el ya frágil equilibrio global.

Frente a este panorama desolador, la sensación de impotencia puede ser abrumadora. Es fácil sentir que el ruido de las armas y la diplomacia fracasada son demasiado fuertes para cualquier voz individual. Sin embargo, en medio de esta cacofonía, resuena una voz antigua y eterna que nos ofrece una guía, una invitación a la acción: “Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios”.

Este mensaje, central en las enseñanzas de Jesús de Nazaret, no nos habla de una paz pasiva o de una simple ausencia de guerra. Nos habla de una paz activa y constructiva, de una bendición que se otorga a aquellos que se dedican a la labor de construirla. En un mundo donde la confrontación y la división son la norma, este trabajo se vuelve más urgente que nunca. No se trata de una utopía inalcanzable, sino de una vocación diaria que se puede aplicar desde el individuo hasta las instituciones internacionales.

Trabajar por la paz implica mucho más que simplemente desearla. Requiere rechazar la indiferencia ante el sufrimiento ajeno y abrir los ojos a la realidad de quienes huyen de Sudán o de quienes se deshumanizan luchando en los mencionados escenarios bélicos. Nos exige cuestionar las narrativas de odio que justifican la violencia y, en su lugar, buscar puentes de entendimiento entre culturas, religiones y naciones.

Es un compromiso con la justicia, porque la verdadera paz no puede florecer donde hay desigualdad, opresión y desesperanza. Desde esta perspectiva, las tensiones geopolíticas entre superpotencias como Estados Unidos y China, o las crisis en Haití o la República Democrática del Congo, no son problemas lejanos. Son desafíos que nos llaman a la acción. Cada paso hacia la cooperación, cada ayuda humanitaria enviada, cada voz que se alza contra la injusticia, es un acto de construcción de paz. Es un eco de la bienaventuranza.

El camino hacia la paz duradera no se encuentra en las negociaciones de poder ni en la supremacía militar, sino en el reconocimiento de la dignidad humana universal. En este esfuerzo, el espíritu de la bendición de Jesús nos invita a ser faros de esperanza en la oscuridad. A ser no sólo testigos de la historia, sino constructores de un mundo mejor, porque en esa labor reside la verdadera bendición.

¿Qué acciones, por pequeñas que sean, podremos tomar para contribuir a la paz en nuestra propia comunidad o entorno?



In Memoriam **enedina díaz castro**



Enedina Díaz, una figura representativa de la **Comunidad de Cristianos de Base** de Gijón, falleció el 20 de septiembre. Su vida fue un ejemplo del compromiso de la comunidad con la **Teología de la Liberación**, que se basa en seguir a Jesús de Nazaret a través del cuidado y la defensa de las personas más **vulnerables y desamparadas**. El siguiente texto, leído en su funeral, refleja fielmente el sentir del grupo.

Nos ha cogido por sorpresa el fallecimiento de Enedina. La sabíamos delicada de salud y su cabeza ya no era la siempre. Pero vino a las celebraciones de la comunidad mientras le fue posible.

La veíamos paseando en su silla de ruedas, siempre tan arreglada y curiosa, que creímos que aún iba a seguir con nosotros un tiempo. Pero llegó el final de este lado de la vida y ella ya está en la otra orilla.

Enedina -o Nedi como la llamaban en casa- era la mediana de tres hermanas. Marujina, la mayor, se fue ya hace unos años. Con Tere, Enedina formaba un dúo al que llamamos siempre "las hermanas". Y es que que eran un todo.

Esta familia, junto a su madre que murió centenaria y rodeada de cuidados y amor, fue un ejemplo de familia cristiana en el más puro sentido del término.

Enedina estuvo siempre del lado de los débiles.

En su trabajo en Cabueñes formó parte del grupo que luchó por mejorar las condiciones laborales de sus compañeros. De manera generosa y valiente participó junto a Elvira Fueyo, Javiera, las hermanas Moro y otras personas en todas las acciones que lograron mejorar la vida laboral del hospital.

Enedina estuvo en la Comunidad de Cristianos de Base del Bibio desde su formación. En los ecos que daba en cada celebración siempre estaban presentes "los probes" -como decía ella-, los desfavorecidos, las personas que más necesitaban de nuestra ayuda y nuestro compromiso. Y lo hacía cada vez que nos reuníamos. Enedina sabía y vivía que sin justicia no puede haber paz.

Fue coherente, solidaria, cariñosa, generosa y muy acogedora. Su casa tuvo siempre las puertas abiertas. Allí nos sentíamos felices durante las celebraciones veraniegas que acababan siempre con una comida de hermandad y unos cantarines que Enedina entonaba con su precisa voz.

Hablamos de una mujer extraordinaria, de un modelo de coherencia y autenticidad que nos ayudó a crecer en la fe con sus -aparentemente- sencillos comentarios que eran verdaderas cargas de profundidad que te removían por dentro.

Damos gracias, Nedi, por tu vida porque Dios nos ha regalado el compartir contigo una parte del camino. Gracias por tu ayuda y tu testimonio. Vivirás para siempre en nuestro recuerdo.



Dios no es un vengador sin piedad

Faustino Vilabrille

Jesús fue condenado a muerte de cruz por motivos religiosos y políticos.

Religiosos: Las autoridades judías, lideradas por el Sanedrín (Consejo supremo y tribunal de justicia del pueblo judío, con autoridad religiosa, judicial y administrativa), entendieron que era una gran blasfemia que Jesús se proclamase Hijo de Dios, y lo veían como una amenaza a su autoridad y privilegios porque el pueblo se alejaba de ellos y seguía a Jesús, que los acusaba de oprimir y aprovecharse de la gente para mantener sus privilegios, imponiendo grandes cargas a los demás y sin mover un dedo para ayudarles a llevarlas.

Políticos: A la vez ellos lo acusaron falsamente ante el Gobernador romano de soliviantar al pueblo y decir que El era Rey de los Judíos, lo que implicaba una amenaza directa contra el Estado Romano.

Cuenta el Evangelio que Juan Bautista, al ver a Jesús que se acercaba exclamó: “este es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo”.

La idea del pecado, asociada al mismo tiempo a la del infierno como castigo del mismo por ser una terrible ofensa a Dios, fue uno de los más grandes martillos, usado durante siglos por la Iglesia oficial para mantener a sus fieles sumisos, dominados, manipulados, obedientes y dóciles. **Nada más lejos de Jesucristo y su mensaje**, porque:

-El pecado es simplemente **el mal que hacemos**, a nosotros mismos, a los demás o a la creación, o el bien que dejamos de hacernos a nosotros mismos, a los demás o a la creación.

-El pecado **no ofende a Dios** absolutamente en nada.

-Dios **no necesita ningún sacrificio** reparador de nadie.

-La muerte de Jesús **no fue una ofrenda a Dios** por los pecados del mundo.

-La muerte de Jesús **no fue cargar con nuestros pecados como víctima propiciatoria de un ser humano ofrecida a Dios para reparar las graves ofensas de los hombres a Dios.**

-La muerte de Jesús en la cruz **no fue una víctima exigida por Dios** para sentirse reparado de las ofensas de los hombres. Esto sería ser un dios, cruel, tirano, justiciero, vengativo, sádico..., que exige ser expiado. Dios no creó ni invento ninguna cruz. Las cruces las inventamos los hombres, unos contra otros, casi siempre los grandes contra los pequeños, a veces muy pesadas y terribles como las guerras.

-Dios **“no es un vengador sin piedad”**. El infierno no es una venganza de Dios, ni un castigo reparador, pues Dios no necesita ser reparado de nada, ni por nadie.

-Dios no necesita de nuestro amor para sí mismo: **sí, lo necesita TODO para que nos amemos unos a otros y para que amemos la Creación**, porque por medio de ella Dios nos sostiene en la vida: **cuidarla es también amarnos.**

Jesus dice: “quien me ve a mi ve al Padre”. Por tanto, **Jesús es la verdadera imagen de Dios. Dios es lo que vemos en Jesus.**

¿Que vemos en Jesús? Preocupación por los enfermos, por lo hambrientos, por los marginados, por los débiles, por los despreciados, por los indefensos, por los emigrantes, encarcelados...

¿Que vemos en Jesús? Bondad, ternura, comprensión y compasión, perdón, fraternidad, amistad, sensibilidad, delicadeza y acogida.

¿Que vemos en Jesus? Hambre y sed de justicia, de amor y vida, de paz, de igualdad, de solidaridad, de verdad.

¿Que vemos en Jesus? Honradez, lealtad, misericordia.

Todo eso es lo que vemos en Jesus. Por tanto, **todo eso es Dios.** Todo eso es lo que debemos ser nosotros. Jesus mismo dice: “yo he venido para que todos tengan vida y vida en abundancia”. Nuestra misión en este mundo es luchar con El y como El para que haya vida en abundancia para Todos los Seres Humanos y para Toda la Creación.

Por tanto,uitar el pecado del mundo esuitar las injusticias, el hambre, las guerras, la violencia, el odio, los malos tratos, los abusos, los engaños, las mentiras, las desigualdades, todo aquello que hace sufrir al Ser Humano o a la Creación. Todo eso es el pecado que vino auitar Jesús del mundo, que ahora es tarea nuestra. **Creer en Jesus es seguirlo a El para hacer en este mundo lo mismo que El hizo: eso es la fe.** Seguir a Jesús es destruir toda clase de sufrimientos injustos y evitables que hay en el mundo, es bajar de la cruz a los

muchos millones de seres humanos que hay en el mundo clavados a las cruces del hambre, de las enfermedades evitables, de la ignorancia, de las horribles guerras (como en Gaza, en Ucrania, en Sudan y tantos sitios más), sometidos a un trabajo indigno o mal remunerado, a la violencia de género, al machismo que no pocas veces llega a ser mortal, a la emigración forzosa que tantas veces termina en muerte en los cementerios del Mediterráneo, de los desiertos del Sáhara o Arizona por temperaturas extremas y hambre.

¿Fiesta hoy de la exaltación de la santa Cruz? Millones de seres humanos y millones de criaturas murieron a lo largo de la historia y siguen muriendo hoy, víctimas de una muerte injusta y prematura: si murieron y mueren para quedar muertos ya nadie les puede reparar un daño tan grande, ya sólo la resurrección lo puede hacer. La resurrección reparadora de todo mal nos viene por la Resurrección de Jesucristo, no por su muerte. Por tanto, es la Resurrección lo que realmente nos salva.

Jesús fue digno de que Dios le devolviera la vida con la Resurrección por su compromiso total con el ser humano, poniéndose de parte de los oprimidos y denunciando a los opresores, para que estos dejaran de oprimir y los oprimidos de sufrir la opresión y así vivir todos a dignamente. Pero ese compromiso llevo a Jesús a ser perseguido sádicamente por los opresores hasta tener que asumir la peor muerte de todas, por lo cual Dios lo exalto y le dio un nombre sobre todo nombre (Ver Carta de san Pablo a los Filipenses 2,5-11), que a su vez vincula nuestra Resurrección a la Resurrección de Jesús (1a Corintios 12,15), y a su vez es el propio Jesus el que así lo hace (ver Evangelio de Juan 6,39-40). Por eso, más que hablar de la Exaltación de la Cruz **debemos hablar, con inmensa gratitud de la exaltación de Jesus Resucitado para la plenitud de la Vida para Él, para todos los seres humanos y para toda la creación** que también ansia participar de esa Gran Plenitud de Vida (Ver Carta a los Romanos 8,18-23). León XIV nos recuerda que cuidar de la Creación es también cuestión de fe y humanidad.

Pero estamos tan imbuidos del más absoluto neoliberalismo que hay muchos que ven como normal la opresión y a los opresores, así como la riqueza de los ricos y la miseria de los empobrecidos.

Jesus lo sintetizo todo en un Único mandamiento promulgado por primera vez en la historia de la humanidad, que El formulo así: **“un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros”**, y lo repite: **“este es mi mandamiento, que os ameís unos a otros, como yo os he amado”**. Donde hay amor, no hacen falta leyes. Donde no hay amor, no hay leyes que valgan.

Un abrazo muy cordial a tod@s y muy especial para l@os crucificad@s de nuestro tiempo así como a quienes luchan por bajarl@s de tantas cruces.



José Antonio Noval

Cabos sueltos

A lo largo de veinte años, creo, no pasó una sola semana en la que no recibiéramos la visita de alguna persona que regresaba, mejor dicho, que era devuelta, deportada, expulsada, siempre fracasada, en su intento de llegar a Estados Unidos. Mujeres, hombres, solos, parejas con niños, chicos, chicas con un bebe a la espalda... Se habían ido de El Salvador, de Bolivia, de Nicaragua, de Guatemala, de Honduras, de Venezuela. Huían de la pobreza, del miedo a las bandas, de la falta de trabajo, de esa miseria que nunca sospechábamos que existiese, de la falta de futuro y de presente...

Bastaba mirarles a los ojos para descubrir en ellos la sombra del fracaso, de la humillación, del maltrato, del desprecio. Se habían atrevido a desprenderse de sus padres, de su esposa, de sus hijos, de su tierra para soñar con una vida nueva: *“Tú no sabes lo que es tener cinco niños en una “champa”, cuatro tablas y cuatro láminas y no tener trabajo y saber con seguridad que no lo vas a tener porque no lo hay. Y no tener nada para llevarles hoy, ni mañana ni...”*

No queda otra salida que irse. Irse a otro país donde se pueda encontrar un trabajo, el que sea y mal pagado. Pero, para eso, además de valor, hay que tener dinero: hay que disponer de doce o catorce mil dólares y confiar en un “coyote” que esté dispuesto a llevarte en su vehículo saltándose las fronteras y todo lo que no son fronteras.

La figura del “coyote” es clave en esta historia. Se trata de un hombre, generalmente analfabeto y sin escrúpulos, traficante de personas. Si no lo es ahora, lo ha sido de drogas y de armas. Que se hace insultantemente rico prometiendo a quienes buscan llegar a “Los Estados”, guiarles hasta el país de sus sueños. Claro, a cambio de esas “fortunas” de las que nadie dispone. Únicamente si algún vecino o familiar les presta bajo todas las condiciones, o si se compromete con el “coyote” a pagarle poco a poco cuando consiga su trabajo; pero entre tanto, como garantía, le entregará la escritura de esa finquita que probablemente habrá heredado de sus padres o de sus abuelos ancianos: un terreno de una cuerda -cuatrocientos metros cuadrados- sobre el que ha levantado la casa en que vive su esposa, sus niños y, a lo mejor, sus suegros.

(Un detalle enriquecedor: hay bastantes coyotes que no sólo se han enriquecido, sino que han llegado a ocupar puestos políticos: diputados, alcaldes, que han

podido comprar los mejores terrenos de los pueblos, encareciendo los precios para el resto de la gente, y construyendo enormes mansiones de mal gusto en las que lucen verdaderas colecciones de vehículos de últimos modelos. Nuestro alcalde es narcotraficante, públicamente confeso y orgulloso de serlo. Por dos veces ha sido reclamado por la D.E.A, Oficina Antinarcóticos de USA).

Resuelto este trámite, sólo queda unirse al grupo con el que emprende el viaje. El “coyote” se ocupará de pagar a la mordida a una policía, a otra policía, al cártel de los “Zetas”, que aparecerán con seguridad en algún momento, atravesar el desierto, moviéndose durante la noche para evitar ser detectados desde los helicópteros, y luego, pasar al Río Bravo. Si el “coyote” no abandona al grupo, cosa que sucede frecuentemente, y la terrible policía la “Migra” no te detiene.

Si te detienen, primero te roban lo poco que llevas encima, las zapatillas, el cinturón, los veinte dólares, y luego te amenazan, te maltratan de todas las formas posibles...

Y así, una semana tras otra durante veinte años en este municipio de paso hacia la frontera con México. Decía Juan José Millás en una entrevista reciente que no le daba miedo envejecer: *“te acostumbras porque vas poco a poco”*. Yo no me acostumbré. Por supuesto, no lo intenté. Y siempre me quedaba roto, hundido. Sólo asistir en el momento, escuchar y sentirme una vez más impotente y tratar de armarme y armar a otros de ánimo para continuar en la pelea por otro mundo siempre tan lejano.

Y ahora hay que continuar el camino de regreso, pidiendo limosna, hambriento, casi siempre mal visto y bajo sospecha de ser un maleante, hasta llegar a casa... una casa que ya no nos pertenece porque la entregué como garantía al “coyote”. Y presentarse ante la familia con las manos vacías, avergonzado. Por eso muchas personas se van sin decirlo a nadie, para que no se enteren si fracasó en el intento. El compromiso con el “coyote” incluye la posibilidad de un nuevo intento.

Esta es una cara de lo que llamamos “tercer mundo”. Y llegas aquí, al mundo rico y te encuentras con Sudán, Congo, Yemen, Afganistán, Palestina, Myanmar, Ruanda, Bangladesh... Quiero pensar, -estoy seguro de ello- que muchas personas se sienten tan decepcionadas, tan desconcertadas y desilusionadas como yo, o yo como ellas. Si sabemos qué pensar, pero no qué podemos hacer. Qué pensar de esta vieja Europa callada, servil y pasiva. Cansada del bienestar, sorda, ingrata y olvidadiza. Nos sentimos mal en este mundo, incómodos y hasta cómplices.

Y, en esta situación de ánimo, y en el contexto de estos días, leo el mensaje del arzobispo de Oviedo. Y no lo entiendo, o no quiero entenderlo. Porque no se trata del *“ciudadano Sanz”*, se trata del arzobispo de Oviedo. ¿Qué es lo que le pondría “estupendo” al arzobispo?



La Iglesia frente al espejo: entre el ritual vacío y la mesa compartida

El artículo de Merche Saiz en Religión Digital toca un punto neurálgico en el presente de la Iglesia: la tentación de refugiarse en un pasado ritualizado, desconectado de la vida real de la comunidad. Su denuncia de la misa tridentina no es un simple comentario litúrgico, sino una llamada profética a no traicionar la memoria viva de Jesús ni el espíritu renovador del Concilio Vaticano II. Y yo no puedo más que compartir lo que dice, porque sé bien que la fe no se sostiene en latines ni en solemnidades lejanas, sino en la cercanía de una mesa donde todos tienen cabida.

Ya lo recuerda con claridad Xabier Pikaza: las primeras celebraciones cristianas eran una mesa compartida, un gesto de fraternidad y memoria, no un espectáculo de espaldas al pueblo. En aquellas comunidades primitivas, el pan partido y el vino compartido eran signo de igualdad y de encuentro, no de distancias ni jerarquías. Allí estaba el núcleo de la Eucaristía: la vida entregada que se reparte, no un rito exclusivo para iniciados. Cuando Jesús dice “haced esto en memoria mía”, no está fundando un ceremonial rígido, sino un acto de fraternidad que se prolonga en la historia.

Pero, como recuerda Juan José Tamayo, la historia de la liturgia es también la historia de su progresiva clericalización. Lo que comenzó como una mesa abierta y fraterna se convirtió poco a poco en un ritual donde el sacerdote adquirió un protagonismo desmesurado y el pueblo quedó reducido a mero espectador. El uso del latín, la orientación del sacerdote de espaldas a la comunidad y la acumulación de gestos y ritos alejaron la Eucaristía de su origen. El Vaticano II intentó devolver frescura a esta experiencia: volver a las lenguas vivas, recuperar la participación activa de los fieles, hacer de la liturgia un espacio de encuentro y no de separación.

Yo mismo, de niño, escuchaba a mi madre salir de misa diciendo: “El cura da la espalda”. Y yo no entendía nada. Pero esa frase sencilla mostraba una verdad profunda: lo que allí se celebraba no generaba cercanía, sino distancia. No había comunidad, no había mesa compartida; quedaba todo en el rito, en un formalismo que no lograba hablar al corazón. Esa experiencia personal me hace comprender con más fuerza lo que Merche denuncia: volver a la misa tridentina es volver a esa distancia, a ese vacío, a ese formalismo sin vida.

Lo más grave es que esta concesión en el corazón del Vaticano no es un gesto de diversidad, sino un retroceso peligroso. Envía un mensaje equivocado: que las voces ultraconservadoras, aferradas a un pasado idealizado, pueden doblegar la misión universal de la Iglesia. Y aquí está el gran riesgo: que la Iglesia se convierta en un club de nostálgicos, encerrados en un museo de ritos, mientras el mundo sufre y clama por una palabra de esperanza.

Merche tiene razón: la misa tridentina no responde a las búsquedas de los jóvenes, ni a los interrogantes de quienes se acercan a la Iglesia con sed de autenticidad. Al contrario, refuerza la imagen de una institución anclada en lo viejo, incapaz de hablar al presente. Y eso es lo que hiere de verdad: no se trata solo de liturgia, se trata de la misión misma del Evangelio. Jesús no vino a fundar un ritual hermético, sino a anunciar la Buena Noticia a los pobres, a compartir pan con los excluidos, a abrir caminos de fraternidad.

Por eso el Concilio Vaticano II fue —y sigue siendo— un don del Espíritu: recordar a la Iglesia que su misión es ser comunidad viva, no museo de tradiciones. Recuperar la palabra comprensible, la participación, la mesa compartida, no es un capricho modernista, sino un retorno a lo esencial. Frente a eso, cada concesión al tridentinismo es un paso hacia la exclusión, hacia el elitismo y hacia la irrelevancia.

El artículo de Merche Saiz es valioso porque nos pone frente al espejo. Nos pregunta si queremos una Iglesia encerrada en fórmulas muertas o una Iglesia que viva el Evangelio con la frescura de los orígenes. Y yo lo tengo claro: menos ritos vacíos y más Evangelio; menos nostalgia y más compromiso con el presente; menos latín incomprensible y más lenguaje de cercanía, de comunidad, de pan compartido.

Porque, al fin y al cabo, la Eucaristía no es un relicario litúrgico: es la memoria viva de Jesús, pan partido para todos, mesa abierta donde caben los que buscan, los que dudan, los que sufren. Eso es lo que necesitamos recuperar, y por eso el grito de Merche no es un lamento nostálgico, sino una llamada a la fidelidad. No al pasado mitificado, sí al Evangelio vivo.

Publicado en: www.ataquealpoder.es



Evaristo Villar

La historia del cristianismo, como la de tantas instituciones humanas, ha sido siempre una tensión entre quienes buscan conservar el poder y quienes sueñan con renovar la fe. Entre retrógrados y reformadores se ha escrito la trama de los siglos. Lo mismo podría decirse de la política, la educación o la ciencia: siempre hay quienes levantan muros y quienes abren caminos. En este contexto y dada la actual crisis de las instituciones religiosas y cristianas, la pregunta salta a la vista: ¿Cuál será la forma pública del cristianismo en el futuro?

Redes Cristianas, que va a cumplir 20 años en 2026, quiere celebrar su aniversario lanzando un concurso con una invitación a toda persona, comunidad o colectivo, interesados, a responder por escrito a dicho interrogante. (Las bases del concurso pueden consultarse en su propia web redescristianas.net: I Premio Redes Cristianas: “Atrévete a Soñar”).

Lejos de los centros de poder, este movimiento cristiano se define como Iglesia en la Periferia, comprometida con los últimos y abierta a un proceso constante de renovación. Como escribió Miguel de Unamuno: “La tradición no se hereda, se conquista”. Y es esa conquista la que hoy vuelve a ponerse en juego.

Una Iglesia en red: democracia, inclusión y comunidad

Frente a la uniformidad de la iglesia jerárquica, este movimiento se reconoce en la pluralidad de voces y en la riqueza de lo comunitario.

A diferencia de las estructuras rígidas, Redes Cristianas se configura como una red con más de 200 grupos: comunidades de base, parroquias, congregaciones, colectivos de espiritualidad y asociaciones teológicas. Su forma de organizarse es profundamente democrática, participativa e inclusiva.

No hay una voz única ni un pensamiento impuesto: lo específico aquí es la escucha, la diversidad y la vida comunitaria. Como reza la experiencia: “En la diversidad está nuestra

riqueza”. La fuerza de la fe no reside en los templos de piedra, sino en las comunidades vivas que se atreven a ser, cada cual en su contexto, fermento en la masa.

En contraste con los modelos autoritarios, Redes Cristianas muestra que otra forma de Iglesia es posible: una Iglesia en red, que avanza a partir de la confianza mutua. Como decía Ortega y Gasset: “El pasado no nos dirige, nos empuja”. La historia no es un peso muerto, sino un impulso para nuevas formas de ser Iglesia.

La opción por los pobres: el centro del Evangelio

Lo que distingue a esta red de comunidades es su opción clara por los más vulnerables, que no es un gesto voluntarista, sino la esencia misma del Evangelio.

Desde sus inicios, Redes Cristianas ha situado en el centro de su práctica a las clases más desfavorecidas: migrantes, trabajadores precarios, mujeres discriminadas, Top Manta, LGTBI+. No es una estrategia social, sino una convicción teológica: el Evangelio se anuncia desde abajo.

Así lo recordó el papa Francisco: “Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad” (*Evangelii Gaudium*, 49).

También G. K. Chesterton, con ironía profética, escribió: “El cristianismo ha muerto muchas veces, pero ha resucitado de nuevo porque tenía un Dios que sabía cómo salir del sepulcro” (cfr. *El hombre eterno* (2004), Ediciones Cristiandad. p. 323). La historia enseña que los intentos de domesticar la fe acaban fracasando; lo que sobrevive es la fuerza liberadora del Evangelio, especialmente en los pobres.

Reformadores y retrógrados: una constante histórica

Lo que hoy se vive en la Iglesia no es nuevo. Es el reflejo de la misma dialéctica que atraviesa todas las instituciones: los guardianes del pasado frente a los buscadores de futuro.

Desde los primeros concilios hasta las reformas del Vaticano II, la Iglesia ha sido siempre escenario de debates entre quienes resisten el cambio y quienes lo impulsan. Lo mismo ocurre en la universidad, en la política o en la cultura: la tensión entre inmovilismo y creatividad atraviesa a toda sociedad.

En palabras de Antonio Machado: “Caminante, no hay camino, se hace camino al andar”. Esa es la convicción de Redes Cristianas: que el cristianismo del futuro no está escrito, sino que se construye día a día, con pasos pequeños y comunitarios.

En este aniversario, **Redes Cristianas** recuerda que el Evangelio no pertenece a los poderes establecidos, sino a quienes arriesgan y crean. Una Iglesia inmóvil se parece demasiado a un museo; una Iglesia viva se parece más a una plaza abierta donde todos pueden entrar, caminar y hablar.

Invitación a escribir

El aniversario no es un punto final, sino un comienzo. Y la pregunta sigue abierta: ¿qué cristianismo queremos construir?

Redes Cristianas lanza una invitación clara: escribir, reflexionar y proponer respuestas a la gran cuestión planteada. No se trata de un ejercicio académico, sino de un gesto pedagógico, imaginativo y comprometido.

El Evangelio lo recuerda con imágenes sencillas: “No se enciende una lámpara para ponerla debajo del celemín, sino sobre el candelero, y alumbra a todos” (Mt 5,15). Cada texto, cada testimonio, cada experiencia puede ser esa lámpara que ilumine un camino común.

Celebrar 20 años de andadura es, para esta red, abrir una conversación que trascienda fronteras y generaciones. Porque el futuro del cristianismo no se decidirá en los despachos, sino en las periferias, allí donde se vive con esperanza y donde, todavía hoy, resuena con fuerza la Buena Noticia.

Los tambores de guerra resuenan de nuevo: un mundo al borde del abismo



Los tambores de guerra resuenan una vez más en los rincones del planeta, y el mundo parece acercarse peligrosamente al abismo. A los conflictos ya prolongados en Ucrania y Oriente Medio se suman las crecientes tensiones en el Mar del Sur de China y una escalada en África Central, particularmente en la República Democrática del Congo. Lejos de remitir, la conflictividad global se intensifica, marcada por una carrera armamentista sin precedentes y la peligrosa normalización de la violencia.

En Oriente Medio, el conflicto entre Israel y HAMAS, que comenzó con los ataques del 7 de octubre de 2023, se ha expandido. Grupos respaldados por Irán, como HEZBOLÁ en Líbano y los hutíes en Yemen, se han involucrado directamente. Los ataques de los hutíes contra el transporte marítimo en el mar Rojo han interrumpido rutas comerciales y han provocado un aumento en los precios del petróleo. La posibilidad de una confrontación directa entre Irán e Israel ya no parece una hipótesis lejana.

En Ucrania, la guerra continúa en su tercer año. A pesar del estancamiento en las líneas de frente, Rusia ha consolidado su control sobre parte del Donbás. Mientras que Occidente mantiene las sanciones, el Kremlin ha recibido apoyo de países como China, Irán y Corea del Norte. Ucrania sigue recibiendo ayuda militar de la OTAN, pero enfrenta la fatiga política en Occidente y una grave crisis humanitaria.

En Asia oriental, las tensiones en el Mar del Sur de China han aumentado drásticamente. Los incidentes navales entre buques chinos y filipinos en el atolón de **Second Thomas Shoal** han elevado la retórica hostil. Estados Unidos ha incrementado su presencia militar en la región, lo que China califica como “provocación”. Taiwán, por su parte, vive bajo la constante presión de los ejercicios militares chinos.

África es a menudo el escenario de tragedias olvidadas. En el este del Congo, los enfrentamientos han desplazado a más de 800.000 personas en lo que va del año. Los vastos recursos minerales de la región han convertido la zona en un campo de batalla geopolítico.

En este panorama, la inversión en defensa ha alcanzado cifras récord. El gasto militar total de los países miembros de la OTAN ascendió a aproximadamente 1,5 billones de dólares en 2024. Esto representa el 55% del gasto militar mundial total. Por presión norteamericana se plantea aumentar considerablemente ese gasto. Las industrias armamentísticas prosperan, mientras se justifica este gasto como “disuasión” y “estabilidad estratégica”. La retórica belicista se simboliza en el hecho de que en EE.U.U, el “Departamento de Defensa” pasa a llamarse “Departamento de Guerra”.

¿Cómo puede haber estabilidad cuando la proliferación de armas alimenta el ciclo de la violencia? La historia ha demostrado que el camino de la violencia sólo conduce al sufrimiento colectivo. Los horrores de las guerras mundiales y las lecciones de lugares como Auschwitz e Hiroshima parecen haber sido olvidados.

La amenaza nuclear, lejos de ser un vestigio del pasado, ha regresado con fuerza. Corea del Norte ha realizado pruebas nucleares, y la carrera armamentista entre las potencias vuelve a ser una realidad tangible. El miedo se impone como principio rector de la política global, y la concordia, el diálogo y el perdón son cada vez más raros.

Los tambores de la violencia no redoblan solos. Resuenan porque son golpeados por nacionalismos exacerbados, desigualdades, desesperanza y una ambición desmedida por el poder. La indiferencia de muchos contribuye al silencio que permite que la violencia prospere.

Ante este panorama, es imperativo recordar las palabras de Jesús en el Sermón del Monte: **“Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios” (Mateo 5:9)**. Este mensaje no es una utopía ingenua, sino una llamada a la acción. Trabajar por la paz es una necesidad vital, un acto de resistencia frente a la barbarie.

En un mundo que parece inclinarse nuevamente hacia la guerra, los que trabajan por la paz son la última línea de defensa de nuestra humanidad compartida. Son quienes construyen puentes en lugar de muros, quienes buscan el perdón en lugar de la venganza, y quienes entienden que el dolor de uno, en cualquier rincón del mundo, siempre acabará afectándonos a todos. La paz no es un regalo, es una tarea diaria. Es hora de dejar de ser espectadores y convertirnos en constructores de paz.

F. castaño